

Tanagra (no vale desenterrarla en Alcorcón). Manos palidecidas y húmedas de maceración en aromas, cual las de las castellanas al acariciar blondas guedejas de paje que se arrodilla ante ellas para beber tempranas fabricaciones. — Fúseos dedos, ensortijados al mismo borde del pétalo róseo de la uñita. — Los pies de una ninfa vistos al transparecer del agua tremolante... (Y compongan ustedes, con tales rasgos, el retrato.)

Floricultura. — Los claveles cruentos plasmaban el alma salvaje de Iberia. — Orquídeas de una aristocracia desdeñosa, ducales y enderezadas en su aislamiento de las plebeyas manos. El desfleque tierno de las crisantemas, remolinadas como pliegues hieráticos de túnicas de musmés. (Esto se llama decir exactamente lo contrario de lo que uno se propone.) Me tendió una tulipa de esmaltes rojos, recordando viejas pinturas flamencas netas y secas, de precisión desesperadora. Langoroso y trastornado, lujurioso y nostálgico, el perfume de las pavnias (se advierte que las pavnias no huelen a nada) me llevaba hacia orillas perdidas en la bruma y valles de misterio azul, en la tarde muriente. Blancuras de lirios (confunden siempre el lirio con la azucena, que es el *lys* francés) se esfumaban levemente refractando candores aún inmarcitos por las ironías de la existencia macabra. Hollábamos en la pradería los asfodelos ponzoñosos, las cicutas cerúleas, las jusquiamas y los umbríos agáricos. (El autor, aunque parezca mentira, en ningún prado ha puesto los pies)

Y me detengo. No espigo más. Prescindo del antifonario del gorjear de los ruiseñores; del turbido incensario de los jardines; del cristal enfermo; del canto de los pájaros que estruja las ramas; del ósculo del disco; de los polifonos bostezos que emana la onda en vaho fumiforme que elabora a la nébula errante; de los besos de terciopelo; del encarrujamiento de cristales; de los corales ignívomos; de los ojos faunáticos; del uror del follaje en los pensiles; de la occidua luminaria y de los desfallecimientos verde y rosa... No; no me detendré ni ante las fúlgidas eclosiones de aurora, ni en las emociones de luz carmíneas, ni...

¡Oh Quevedo! ¡Por tu vida! ¡En qué alfilerero modernista se guarda la aguja de navegar cultos?

Es una cosa que la hace el demonio: casi todo lo que puede decirse en forma natural, y aun en forma bastante rebuscada, está dicho; han brillado miles de poetas; han agotado quizás los extensos criaderos del sentimiento y de la fantasía; la esterilidad poética del momento presente no cabe negarla. No sabemos lo que el porvenir traerá: actualmente parece dormir la Musa. Y así, de la desesperación de la impotencia, surgen estas escuelas dislocadas, que retuercen el pensamiento y torturan la forma.

Los que hoy nos marean con Botticelli, la misa negra, el divino marqués de Sade, lo inquietante y lo sugerente, hace trescientos años escribían sonetos con estrambote, hace cien madrigales a lo Meléndez y hace sesenta no nos dejarían vivir con el lago sereno, el bulto vestido de negro capuz, la serenata en Venecia y la mora prisionera en el castillo. Hasta puede que escribiesen historias trágicas por el estilo de *Elisa y Teodoro* ó *el Judío bienhechor*. Y eso no es literatura, sino, como dice Lemonnier, «viento en los molinos.»

Un ministro se ha suicidado en Italia. He oído afirmar que el gozo de ser ministro es tan vivo y tan saludable, que sólo por raro caso se muere un ministro en el ejercicio de su cargo. Muerte voluntaria, más rara todavía. El suicidio de Rosano sorprenderá hasta la estupefacción á muchos que si se viesen en la poltrona bailarían de contentos.

La calumnia, la injuria, la malevolencia, los ataques de sus enemigos, unidos á hondos pesares de familia, han precipitado á tan extremada resolución á un hombre que, según parece, era honrado y probo. Digo «según parece,» porque toda afirmación, en semejantes cuestiones y á distancia tal, tiene mucho de aventurada. Para responder de la probidad de un hijo de Adán, ¡cuánto hay que conocerle! No basta el consabido modio de sal comido á la misma mesa, ni se pueden sacar consecuencias de datos históricos. La unidad del carácter falla y se desmiente; un mismo individuo cambia de espíritu, como de piel el armiño y de hoja el árbol. A veces se empieza con pundonor y se acaba por perderlo, y aun es este el caso más común; pero también acontece que el pundonor brota y se impone como una necesidad de conciencia, y que la acusación ayer fundada sería mañana calumniosa. El estudio de tal fenómeno lo hizo admirablemente Tolstoy al narrar

la historia de aquel ladronzuelo Polikey, suicida bajo el peso de una injusta acusación, fundada en su anterior conducta.

La enfermedad del Kaiser es otro tema de actualidad. Alarma porque á mal infeccioso en la garganta sucumbió su padre, en edad no avanzada y cuando empezaba á ejercer una soberanía que anunciaba una era de paz y concordia. Creyóse que el hijo, al subir al trono, iniciaría un período de lucha. Todo concurría á dar cuerpo á la sospecha: la mocedad del nuevo emperador, los formidables aprestos de la nación, el engrimiento de las recientes victorias. Y he aquí que el joven Guillermo, desde lo alto de su cuello de uniforme, fija la mirada en el comercio, en la industria, en la campaña económica por la cual Alemania ha salido definitivamente de aquel estado miserable de que hablaba con tanta energía Fichte. No le basta al Kaiser estimular la prosperidad de su pueblo: busca la buena armonía con los antiguos adversarios, y se hace agradable á los franceses, consiguiendo amortiguar en Francia, hasta un grado que se consideraría inverosímil, el escorzo de los agravios y la inquietud de la *revanche*. La pacificación es la obra de este monarca de belicosas apariencias, á quien deseamos salud.

Y ya que de altas personas se trata, ¡qué impresión produce leer que á esa desventurada princesa de Sajonia, traída y llevada más de un año por agencias telegráficas y prensa de información, van á recluirla ahora en un manicomio! A decir verdad, no es bueno fiarse de las locuras de princesas y reinas enamoradas, como, por otro concepto, no hay que creer á pie juntillas en el desequilibrio é irresponsabilidad de los criminales. Lo primero salva el decoro y el *caní*; lo segundo, el pescuezo.

La moda de la irresponsabilidad de los criminales ha cundido, y ya no hay abogado defensor que no se agarre á ese clavo ardiendo. No ha mucho en mi pueblo sostenían la imbecilidad de un criminal de los más astutos que desfilan por los bancos de la sala de audiencia. Confieso que el sistema no me convence. Los criminales, en general, saben bien lo que hacen y no son más ni menos tontos que las nueve décimas partes de los hombres. La fatalidad puede precipitar á alguno; la estupidez, á otro; pero esta excusa alegada en favor de todos, llega á convertirse en algo que desafía á la conciencia pública, extraviándola ó pretendiendo extraviarla. No faltan otros arbitrios y razonamientos defensivos, que resistan mejor el examen y estén menos manoseados que estos lombrosismos de cuarta mano. La ligereza del maestro contagia á los discípulos, ¡porque cuidado que á mala información y á intrepidez, pocos le ganarán al autor de *Uomo delinquente!*

Pocos días ha recibí de Inglaterra una invitación á formar parte de cierto comité, cuyo objeto es auxiliar y facilitar su tarea á las mujeres que viven del trabajo literario en la prensa ó de otra suerte. Al dirigirme la invitación, la acompañaban con preguntas é indagaciones acerca de este problema en España. Con la lisura que gasto les contesté que, no haciendo nunca verano una mosca ó dos ó media docena, aquí tal cuestión no existía.

La mujer no ejerce aquí profesiones literarias, porque no está preparada á ello; y no está preparada porque no se educa, en infinitos conceptos, en el literario y académico especialmente. — Aunque la ley la autoriza, el caso de la mujer asistiendo al Instituto ó á la Universidad es todavía fenomenal. Y por mucho que haya que decir de nuestras Universidades y de nuestros Institutos, son lo menos deficiente de nuestra pobre enseñanza. Lo más que conceden los tolerantes con la mujer en España, es que se eduque «para saber educar á sus hijos.» Fin relativo, subordinado, como si el individuo no tuviese derechos propios. La marea del socialismo, que trae consigo, irremisiblemente, la igualdad ante el derecho del varón y la hembra, nada influye por hoy en esto, pues el problema de la educación en España es problema de gentes bien acomodadas. La ley, entre nosotros, es de completa amplitud: las costumbres son las que tienen moho, un moho difícilísimo de limpiar; acaso imposible, en el presente estado de cosas. Es curioso que en Inglaterra y en los Estados Unidos, países ideales de la igualdad y libertad feminista, oficialmente existan más desigualdades entre el estudiante y la estudiante que en España, en Rumanía ó en Grecia, y el estudiante aparece privilegiado. Las leyes no son gran cosa: el buen sentido social vale y supone infinitamente más que ellas.

Venga á nos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Palabra que no soy de esos escritores que no pueden aguantar las direcciones nuevas en literatura. La única condición que les pongo, para acogerlas sin prevención alguna, es que produzcan cosas relativamente bellas. No digo obras maestras: sería pedir cotufas en el golfo. Con belleza relativa me contento.

Pero ¿es culpa mía si á las primeras de cambio, en libros que tienen la pretensión de renovar las fórmulas y los procedimientos de la literatura, doy con frases, giros y palabras que carecen de sentido ó que son puros dislates?

Yo presumo, yo infero aproximadamente lo que ha querido significar el autor cuando suelta esos períodos más oscuros que boca de lobo; sólo que, al inferirlo, se me ocurren cien maneras de decir lo mismo en castellano. ¿Por qué no emplean una de las cien?

¿Creer acaso los que así escriben que se puede violentar y descoyuntar un idioma, no para darle la flexibilidad y agilidad que poseen los acróbatas avezados desde niños á ejercicios asombrosos, sino para quebrarle el espinazo, sacarle joroba y hacerle nacer berrugas? ¿Imaginan que la estructura de una lengua se modifica al capicho de un literato, más ó menos culto, enfuñicado en el gabinete? Si sospechasen la filología, sus leyes orgánicas, su proceso evolutivo; si supiesen cómo los idiomas realizan su desenvolvimiento, se reirían de sí propios, de sus juegos de niños y de bobalicones. No son sus antojos y balbuceos pueriles; es la ciencia por un lado, por otro la historia, por otro el verdor pintoresco del lenguaje popular, quienes renuevan los idiomas insensiblemente. El carpintero que cepilla sus tablas ó jornalero que cava su huerta, cepillan más firme y cavan más hondo en la transformación del castellano, que los neo gongoristas y cultiparlangantes con su alarde perpetuo de sensibilidad artística y sus imágenes y comparaciones traídas por el último pelo de la trenza.

No gusto de molestar á nadie si puedo evitarlo; omitiré nombres de autores y títulos de libros, y presentaré al cuerdo lector un mosaico de frases que tal vez le divierta, entresacándolas de aquí y de allí y mezclándolas y clasificándolas para mayor disimulo (aunque pecados impresos no parezcan fáciles de disimular).

Señas personales. — Labios anaranjados y flameantes de deseo. Cabellos de sombra fosforescente. Mejillas aurales fugaceadas de lividez espectral. Dentadura mórbida (*sic*). Piernas dianescas de una carnación que marfilea sobre los gazonos. El emerger del seno tras bastiones de gasas irradiantes. La garganta (léase el seno también, pues del francés *gorge* hacen garganta sin más ni más) amazónica, agatina en sus tornasoleos. Vientre moldeado por la forma inquietante de un ánfora desenterrada en